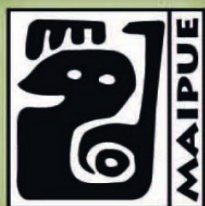


Liborio Justo
(Quebracho)

ASÍ SE MURIÓ EN CHILE

**REFORMISMO Y REVOLUCIÓN EN LA TRÁGICA
EXPERIENCIA DE LA UNIDAD POPULAR**



Cienflores Editorial

ASÍ SE MURIÓ EN CHILE

**Reformismo y revolución en la trágica experiencia de
la Unidad Popular**

Liborio Justo

(Quebracho)

 **Cienflores** Editorial


EDITORIAL
MAIPUE

Justo, Liborio

Así se murió en Chile : reformismo y revolución en la trágica experiencia de la Unidad Popular /
Liborio Justo. - 1a ed. - Ituzaingó : Maipue, 2018.

Libro digital, EPUB - (El hombre es tierra que anda)

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-4490-61-2

1. Chile. 2. Historia Contemporánea. 3. Política . I. Título.

CDD 320.0983

Arte de tapa: Mariana Gabor

Diagramación: Mariana Cravenna

Edición y corrección: Silvina Crosetti

© Liborio Justo (Quebracho)

© Editorial Cienflores, 2018.

© Editorial Cienflores, 2019.

Lavalle 252 (1714) - Ituzaingó. Pcia. de Buenos Aires - República Argentina - Tel: 2063-7822 /
1565344020

Contacto: editorialcienflores@gmail.com - www.editorialcienflores.com.ar

© Editorial Maipue, 2018

Zufriategui 1153 - Ituzaingó (1714) - Provincia de Buenos Aires- Tel/Fax: + 54 (011) 4458-0259

Contacto: promocion@maipue.com.ar / ventas@maipue.com.ar

www.maipue.com.ar - Facebook: [Editorial Maipue](#)

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por otro cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Palabras preliminares

Breve semblanza de un hijo rebelde del siglo XX argentino

Prólogo

Dos palabras

Introducción

Capítulo 1

Antecedentes histórico-económico-sociales del desarrollo de Chile

La sociedad colonial, ¿feudal o capitalista?

Síntesis histórica del proceso chileno hasta 1930

El problema campesino y la evolución del movimiento obrero hasta 1930

La crisis de 1930

Segunda presidencia de Arturo Alessandri, el Frente Popular, nuevo gobierno de Ibáñez y triunfo de Jorge Alessandri

El proceso económico-social de 1930-1954

La Democracia Cristiana llega al gobierno prometiendo una “revolución en libertad”

Capítulo 2

El triunfo de la Unidad Popular

Salvador Allende obtiene el mayor número de votos en las elecciones presidenciales de 1970

No habiendo logrado evitar su triunfo, la oligarquía chilena y el imperialismo yanqui trataron de impedir que la Unidad Popular llegara a hacerse cargo del gobierno el 4 de noviembre de 1970

Salvador Allende sube a la presidencia anunciando enfáticamente que se abre la “vía chilena” al socialismo

Los partidos políticos de izquierda y la central obrera en el momento del triunfo de la Unidad Popular: Partido Comunista moscovita, Partido Socialista, trotskismo

Los partidos políticos de izquierda y la central obrera en el momento del triunfo de la Unidad Popular: Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU); Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); Partido Comunista

Revolucionario (PCR); otros partidos de izquierda; Central Unica de Trabajadores (CUT)

Las Fuerzas Armadas y la penetración imperialista

Carácter de la revolución chilena

Capítulo 3

La Unidad Popular en el gobierno

Realización del programa de la Unidad Popular y primeros éxitos de la “vía chilena” al socialismo

¿Era Salvador Allende marxista, y el Programa de la Unidad Popular revolucionario y una “vía al socialismo”?

Comienzan las dificultades y las deficiencias en la realización del programa de la Unidad Popular

Acción del imperialismo yanqui: el bloqueo invisible

La Unidad Popular se polariza en un ala reformista que tiene su base de apoyo en el Partido Comunista moscovita y en el presidente Allende, y un ala radicalizada, particularmente el sector mayoritario del Partido Socialista, que aspiraba a ser revolucionaria

En defecto del trotskismo, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR), aparecían como la extrema izquierda en el proceso de la Unidad Popular

Capítulo 4

Crisis de la “vía chilena” y surgimiento del poder popular

Fidel Castro visita a Salvador Allende para convalidar el reformismo de la “vía chilena” y la reacción desata de inmediato la más violenta contraofensiva

Ante las serias dificultades que se presentaban, Salvador Allende se detuvo, buscando apoyo en las Fuerzas Armadas y tratando de conciliar con la oposición, mientras que la polarización interna de la Unidad Popular parecía amenazar con una fractura

Reforma y revolución: ¿conciliar o avanzar? “Nunca los industriales y comerciantes han obtenido ganancias superiores que bajo el gobierno de la Unidad Popular” (Luis Maira). “Jamás la burguesía media y el comercio han ganado tanto como bajo nuestro régimen” (Adonis Sepúlveda)

La política reformista del presidente Allende y de su coalición gubernativa fue dando nacimiento a un proceso popular verdaderamente revolucionario, al cual el sector predominante en la UP, liderado por el Partido Comunista moscovita, combatió y trató de destruir, utilizando para ello los medios de represión de la burguesía

La supuesta marcha hacia el socialismo, la conquista de la pequeña burguesía en la lucha de clases y la política de la Unidad Popular

La “batalla de octubre”. Las Fuerzas Armadas defienden la estabilidad del gobierno, mientras toma cuerpo, a través de

la movilización popular, la verdadera revolución chilena

¿Por qué los militares apoyaron al gobierno de la Unidad Popular en “el paro más grande de que el país tenga memoria”? Surgen los Cordones Industriales que representan al poder obrero. El presidente Allende denuncia débilmente el bloqueo económico de Chile en la Asamblea de las Naciones Unidas y va a pedir ayuda a la Unión Soviética, donde no recibe sino promesas

Capítulo 5

La formación de los Cordones Industriales surgidos durante la “batalla de octubre” y combatidos por el gobierno y los partidos de la UP, así como por el MIR, e ignorados por el PCR, representaban el comienzo de la revolución proletaria en Chile

Mientras los partidos integrantes de la Unidad Popular -que debió incorporar ministros militares a su gabinete para solucionar el paro de octubre- proclamaban su victoria en este conflicto, la derecha veía esa solución como una derrota para el gobierno del presidente Allende, actitud que compartían algunos sectores dentro de la conjunción oficial, así como los partidos de extrema izquierda y la masa de los trabajadores

El nuevo poder obrero entra en conflicto con el gabinete cívico-militar del presidente Allende y provoca una polémica sobre su carácter y sus relaciones con el gobierno

Marzo de 1973: “la elección más importante en la historia política de Chile de este siglo” (Eduardo Frei)

En lugar de impulsar la revolución, el resultado relativamente favorable a la UP de las elecciones de marzo de 1973 sirvió para afianzar el reformismo

En medio de una lucha de clases llevada al rojo vivo, y de amenazas de guerra civil, el Tancazo del 29 de junio dio el primer toque de alarma de un golpe militar inminente

Como consecuencia del Tancazo, el proletariado chileno se movilizó “en un grado de combatividad sin precedentes” y dio “un salto notable de conciencia y organización”, acentuando el “poder obrero”, mientras parecía resquebrajarse la unidad de las Fuerzas Armadas ante la posibilidad de un nuevo golpe

La alternativa más apremiante y más dramática de toda la historia de Chile: dictadura del proletariado o dictadura de la burguesía y del imperialismo. “Trabajamos para evitar la dictadura del proletariado” (Salvador Allende)

Capítulo 6

La dramática agonía y fin de la “vía chilena”

¿Poder popular o poder obrero? Mientras la Unidad Popular y los partidos de izquierda, incluso el MIR, trataban de fomentar los Comandos Comunales como órganos de “poder popular” para sostén del gobierno reformista de Salvador

Allende y de la burocracia de la CUT...

Los Cordones Industriales, combatidos como órganos de “poder obrero” por el gobierno de la UP y por la burocracia de la CUT, así como por los partidos políticos de izquierda, incluso el MIR, aparecían como instrumentos decisivos del proletariado revolucionario en su aspiración a tomar todo el poder, detener efectivamente el golpe reaccionario y destruir la sociedad capitalista

“Chile está en peligro (...) La guerra civil no pueden desearla los trabajadores. Serán siempre los que más paguen, aún ganándola (...) Es mi obligación impedir que haya un baño de sangre en Chile” (Salvador Allende). “Para nosotros esto de evitar la guerra civil es una tarea revolucionaria y patriótica” (Luis Corvalán)

Mientras Allende clamaba contra la guerra civil, las Fuerzas Armadas ya la habían desencadenado desde el 29 de junio contra el proletariado revolucionario, con la tolerancia y el auspicio del gobierno de la UP y, particularmente, del PC moscovita

Los últimos días de Allende: rotas por sus adversarios de la derecha las posibilidades de un “diálogo”, el gobernante de la UP aún se aferraba a una utópica tentativa de salvar la “vía chilena” por medio de concesiones, aunque su suerte aparecía sellada frente a un movimiento obrero revolucionario que no podía controlar, no obstante que él, en parte, lo había provocado. “Los buenos propósitos del Presidente de la República son sobrepasados” (Patricio Aylwin, presidente del Partido Demócrata Cristiano). “A la clase obrera se la quiere frenar, se la quiere llevar a un terreno reformista” (Armando Cruces, presidente del Cordón Vicuña Mackenna)

La búsqueda de un término medio entre las exigencias del proletariado revolucionario y las demandas de la oposición, por parte del gobierno de la UP, favorecía el golpe de las fuerzas reaccionarias. “Negando la dictadura del proletariado, lo que hacen es defender la dictadura de la burguesía. No hay término medio” (Lenin). “La clase obrera debe romper con el reformismo y buscar su propio camino revolucionario” (dirigente del Cordón Lo Espejo)

Trágico fin de Salvador Allende y de la “vía chilena”: las Fuerzas Armadas remataron el 11 de septiembre de 1973 el golpe gradual que, como una guerra civil contra el proletariado revolucionario, habían venido asestando desde el 29 de junio

El dramático relato del interventor de la fábrica Sumar Nylon revela claramente el desamparo en que se debatieron los sectores revolucionarios para luchar contra el golpe final del 11 de septiembre y el nefando rol entregador del PC moscovita

Capítulo 7

Morir en la calle

En los hechos, la clase obrera chilena ya estaba derrotada, después de más de dos meses de golpes graduales, y antes del golpe final del 11 de septiembre; falta de un partido marxista-leninista que la acaudillara hacia el enfrentamiento, la guerra civil y la toma del poder, completando la dualidad de poderes que había comenzado a establecerse a través de la formación de los Cordones Industriales

Bibliografía

Palabras preliminares

Mi padre siempre se sintió latinoamericano y no únicamente argentino... sentía que pertenecía a una América Latina unida para la cual incluso tenía un nombre, Andesia... Y a lo largo de su vida, su trabajo como militante e historiador se extendió más allá de las fronteras argentinas hacia Bolivia, Perú, Brasil, Uruguay y desde luego Chile, país con el cual tenía estrechos lazos desde joven.

En su libro de relatos acerca de la depresión del 30, "Masas y Balas", publicado por primera vez en 1974, su crónica acerca de la sublevación de la escuadra chilena en 1931, se basó en sus entrevistas a los sobrevivientes de este poco conocido evento de la historia chilena. El relato causó sorpresa y consternación en Santiago, llamando la atención el hecho de que haya sido escrito por un argentino.

La elección de Salvador Allende, un presidente marxista democráticamente elegido fue un evento extraordinario, no solo en la historia chilena y latinoamericana sino a nivel mundial.

Como premonición de lo que estaba por suceder, poco antes del golpe de Pinochet, mi padre recibió la carta de un desesperado profesor de historia chileno donde decía "¡Ayúdenos!"... Esa carta lo conmovió profundamente y de ella habla en el libro.

Cuando lo terminó de escribir, muchos años más tarde, desafiando el consenso familiar de que el cruce de la cordillera a sus 85 años podría descompensarlo, decidió llevar el manuscrito personalmente al Centro de Estudios Sociales de Santiago, en ómnibus, como siempre le gustaba viajar. Decía que los largos viajes en ómnibus le daban

tiempo para pensar y, al mismo tiempo, disfrutar del paisaje...

Por falta de fondos y no de interés, el Centro no pudo concretar el proyecto de edición del manuscrito en vida de mi padre que falleció en el 2003 a los 101 años sin verlo publicado.

Recién ahora, en vísperas del 45° aniversario de la caída de Allende, del golpe del 11 de septiembre de 1973, gracias al entusiasmo y la energía de Maximiliano Thibaut de la editorial Cienflores, este manuscrito que tardó varias décadas en salir a la luz, se convertirá en palabra viva.

Espero que ayude a recordar y entender este singular proyecto político y su trágico desenlace, sobre todo para las generaciones que no lo han vivido directamente, pero han sufrido sus repercusiones hasta el día de hoy.

Mónica Justo
Londres, 14 de julio de 2018

Breve semblanza de un hijo rebelde del siglo XX argentino

A pocos hombres les calza tan bien como a Liborio Justo la expresión “fue un hijo de su siglo”. La historia de su vida es, en cierta medida, la historia del siglo XX, con su vértigo modernista, sus esperanzas revolucionarias y sus trágicas frustraciones. Nació a la vida política e intelectual con la Reforma Universitaria, la que según sus propias palabras traía “un impulso vital incontenible”. No tardó en identificarse con esa Nueva Generación que “se sentía dueña del mundo” y aspiraba a transformarlo.

Este impulso romántico y renovador vino a dar, efectivamente, un sentido vital a ese adolescente solitario, angustiado y rebelde que exploraba una y mil formas de escapar al círculo de hierro de su medio. Solitario, individualista pertinaz, dotado como él mismo decía de un “bárbaro orgullo”, participó intensamente del espíritu moderno de su siglo: fue un viajero incansable, deportista tenaz, fotógrafo aficionado y escritor modernista. Pero el encumbramiento de su padre, el general Agustín P. Justo, primero al frente del Ejército argentino y luego como presidente de la República, abrumó al joven que no quiso aceptar el hecho de tener que jugar en la historia el rol ancilar de hijo de su padre.

Liborio Justo nació, en 1902, en el barrio porteño de Palermo en un hogar tradicional de la oligarquía argentina, el primogénito de varios hermanos. Tanto su padre, el general Justo, como su madre Ana Bernal, eran descendientes de familias patricias cuyos linajes se remontaban a los tiempos del Virreinato del Río de la Plata. Poco tiempo después de su nacimiento, la familia se trasladó a una quinta en la localidad de Bella Vista y años

después a otra en la localidad de San Martín, escenarios donde, según su propio testimonio, transcurrió su “niñez solitaria y salvaje”. Cursó los estudios primarios y secundarios en el Colegio La Salle de Buenos Aires. Por entonces, se destacaba en el deporte, acompañaba a su padre en expediciones y a diversos destinos a lo largo del país (Córdoba, Mendoza) y nacían sus inquietudes literarias.

A comienzos de 1919, siendo estudiante de la Carrera de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, toma parte en las primeras luchas de la Reforma Universitaria que se había iniciado el año anterior. Milita en el Centro de Estudiantes de Medicina y publica sus primeros artículos en su órgano, *La Nota*. Lector de Jack London, Joseph Conrad, Rudyard Kipling y Horacio Quiroga, anhela una vida de viajes y aventuras, lo que lo lleva a abandonar en cuarto año sus estudios de medicina para recorrer Perú, Bolivia, el sur argentino, Misiones y el Paraguay (1924-25). En 1926, inicia un viaje por Europa y luego otro por los Estados Unidos, para retornar a Buenos Aires en 1927.

Entre marzo y abril de 1928, realiza un viaje por la Patagonia. En 1929, viaja a Paraguay para trabajar como encargado de una empresa forestal. En 1930, viaja por Tierra del Fuego y Chile. Este mismo año obtiene una beca del *Institute of International Education de New York*, pero su voluntad rebelde le cierra el camino de investigador en Estados Unidos cuando fustiga la política panamericanista en un discurso en la Universidad de Williamstown. En 1931, está de regreso en Argentina, donde su padre había participado junto al Gral. José Evaristo Uriburu en el golpe militar de septiembre de 1930 y poco después, en 1932, asumiría la presidencia de la República por la Concordancia, una alianza entre conservadores y radicales antipersonalistas.

Liborio Justo se aleja todavía más del universo familiar, buscando a través de sus viajes el modo de forjar su propio destino. Mientras realiza sus primeras lecturas marxistas, viaja a Misiones (1929) y luego a las Islas Orcadas y a los mares antárticos (1932), experiencia que nutre los relatos de su primer libro, *La tierra maldita* (1932), publicado con el seudónimo de Lobodón Garra. En julio de 1933, vuelve a Misiones y se instala en la casa del escritor Horacio Quiroga. Como muchos de los vínculos de amistad que solía entablar, la plácida convivencia misionera desemboca apenas cuatro días después en una ruptura de relaciones.

Liborio Justo sigue buscando su propio destino. Retorna, en 1934, a Nueva York, vinculándose a los medios obreros, intelectuales e izquierdistas: el Partido Comunista de los Estados Unidos, el John Reed Club y el *Socialist Workers Party* (trotskista). Este hijo de un presidente argentino llega a trabajar brevemente como vendedor callejero del *Daily Worker*, el periódico de los comunistas americanos. Toma, por entonces, una serie de fotografías en las calles de una Nueva York azotada por la crisis y la desocupación, que expone en Buenos Aires en 1935.

De retorno en Buenos Aires, a fines de 1934, se vincula a los intelectuales comunistas locales. En 1935, viaja por Chile, Uruguay y Brasil. Para casarse, debió fugarse a Uruguay, en 1936, con su novia de ascendencia judía, Nina Dimentstein, que sería la madre de sus tres hijos. Rompe con los comunistas en noviembre de 1936, a través de una "carta abierta" aparecida en la revista *Claridad*, en desacuerdo con la política de "frentes populares". Rodolfo Puiggrós le responde en el número siguiente defendiendo a la política comunista y a la Unión Soviética. Liborio Justo seguía sin encontrar su propio lugar.

Hijo dilecto de la tradicional oligarquía argentina,

descendiente de una larga prosapia de comerciantes, estancieros y militares, el joven Liborio solo podía salir espectacularmente de esa escena. Rompió definitivamente con su medio social y familiar en diciembre de 1936 con motivo de la visita del presidente Franklin D. Roosevelt a Argentina, evento del cual su padre era anfitrión. A fines de 1936, cuando el presidente de Estados Unidos, Roosevelt, que había llegado al país para inaugurar la Conferencia Interamericana de Consolidación de la Paz, iba a pronunciar su discurso en el Congreso, Liborio Justo — confundido entre la multitud de asistentes— lo interrumpe al grito de “¡Abajo el imperialismo!”. No llegó a repetir el grito en inglés como tenía previsto porque fue detenido y recluido durante varios días en el Departamento Central de Policía.

Instalado en La Pampa en una suerte de autodesierto, escribe *Prontuario* (1940), una suerte de autobiografía precoz cuando todavía no había cumplido los 40 años. En 1937, comienza, con el seudónimo político de Quebracho, un intenso ciclo de seis años de acción y publicaciones en el seno de las formaciones trotskistas. En noviembre de mismo año, lanzó dos periódicos sucesivos: *España Obrera*, dedicado a cuestionar la política comunista en la guerra civil española, y *Piquete*, subtulado “Por un partido obrero marxista y por la Cuarta Internacional”. En 1938, se sumó a la Liga Comunista Internacionalista (LCI), un grupo trotskista que promueven Antonio Gallo, David Siburu y Aquiles Garmendia y que edita la revista *Nuevo Curso*. En 1938, cuando el obrero trotskista argentino Mateo Fossa entrevistó a Trotsky en México, este le preguntó por la franqueza de la adhesión del hijo del presidente al movimiento trotskista: “¿Es sincero?”.

Liborio Justo tampoco encontró, en este pequeño grupo, su lugar, donde apenas le correspondía el lugar de recién

llegado. Se separó de la Liga que lideraba Gallo, lanzando un balance crítico de dicha experiencia en un folleto que publicó en enero de 1939: “¿Cómo salir del pantano?”. Tres meses después constituía, con el apoyo de Mateo Fossa, Aquiles Garmendia, un grupo que lideraba el abogado Esteban Rey en Córdoba y un grupo de La Plata que inspiraba Reinaldo Frigerio, su propia organización trotskista, el Grupo Obrero Revolucionario (GOR). Por sugerencia del último, el GOR lanzó, en 1939, un periódico titulado *La Internacional*, que retomaba el nombre del que había editado el Partido Comunista en la década del 20. Por razones legales, a partir del N° 5, debió ser rebautizado como *La Nueva Internacional* (1939-1941). El GOR se dio a conocer con “Nuestras perspectivas políticas” y otros folletos que sucesiva e incansablemente emitía Justo. En octubre de 1939, publica “Frente al momento del mundo: qué quiere la Cuarta Internacional”, donde enfatiza el carácter semicolonial de Argentina y la perspectiva estratégica de la “liberación nacional”, lo que genera una aguda discusión en las filas del GOR.

Por entonces, se integran al GOR un grupo de estudiantes de extracción anarquista compuesto por Jorge Abelardo Ramos, Enrique Rivera y Adolfo Perelman, que se escinde rápidamente. En 1940, se retiran del GOR también los grupos de Córdoba y La Plata en disidencia con las posiciones de Justo acerca de la “liberación nacional”. Asimismo, se desata una fuerte polémica entre Liborio Justo y Antonio Gallo, quien lidera el grupo trotskista rival, la Liga Obrera Socialista (LOS), y enfatiza el carácter capitalista de la formación social argentina y la estrategia socialista contraria a la “liberación nacional”.

En 1941, con el arribo al país de un delegado del Comité Ejecutivo de la Cuarta Internacional, Terence Phelan, con el objetivo de unificar a los grupos trotskistas en lo que

será el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), Justo acepta integrar, en un principio, el Comité de Unificación. Sin embargo, argumentando que la unificación solo podía darse sobre una base de principios y percibiendo que Phelan se apoyaba sobre todo en la perspectiva política de la LOS de Antonio Gallo, publicó una serie de folletos de crítica corrosiva a las otras figuras del trotskismo. Pero fue todavía más lejos: desde las páginas de *Claridad* denunció a Phelan -que era corresponsal de revistas estadounidenses como *Times* y *Fortune*- como “agente imperialista”.

Fuera ya del proceso de unificación, en 1941, el GOR decide transformarse en Liga Obrera Revolucionaria (LOR) y lanzar un nuevo periódico: *Lucha Obrera* (1941), donde reafirma sus posiciones a favor de la neutralidad argentina en la guerra imperialista y la estrategia de la liberación nacional. Sin embargo, la ruptura de Justo con el Comité Ejecutivo de la IV Internacional provoca el alejamiento de Fossa, quedando el GOR reducido a dos militantes: Justo y Carmona. Este último, decepcionado, se suicida, y Justo, desilusionado de los magros resultados prácticos de su organización, abandona la práctica política y se recluye durante todo el ciclo peronista en las islas del Ibicuy, en la provincia de Entre Ríos, a plantar y explotar la madera, y a escribir en una vida agreste. En 1955, vuelca su experiencia isleña en *Río abajo*, un libro de relatos que, en 1960, el director, Enrique Dawi, llevó al cine.

De retorno en Buenos Aires, traza un balance de su experiencia política en el trotskismo argentino en *Estrategia revolucionaria* (1957). Pero en 1959 termina rompiendo espectacularmente con el trotskismo con la aparición de su libro *León Trotsky y Wall Street. Cómo el líder de la Cuarta Internacional se puso al servicio del imperialismo yanqui en México*.

Desde entonces, se concentra en escribir una obra monumental: una historia argentina en cinco gruesos volúmenes y un apéndice, que van apareciendo sucesivamente entre 1968 y 1992: *Nuestra Patria vasalla*, un severo enjuiciamiento a una clase dominante carente de cualquier proyecto de nación. En 1962, con el seudónimo de Quebracho, publica *Pampas y Lanzas*, subtulado *Fundamentos histórico-económico-sociales de la nacionalidad y de la conciencia nacional argentina* y, en 1974, con el seudónimo de Lobodón Garra, da a conocer otro volumen de relatos: *Masas y balas*.

En 1976, publicó también como Lobodón Garra su libro *Literatura argentina y expresión americana*, un juicio a las letras argentinas, centrado en la oposición entre lo que denomina “literatura metafísica” (Borges, Martínez Estrada, Sabato) y “realista” (Arlt, Castelnuovo, etc.). Omite en esta edición, por publicarse bajo la dictadura militar, los capítulos críticos consagrados a Julio Cortázar y David Viñas, pero los repone en la edición definitiva de 1998: *Cien años de letras argentinas*.

Entre 1995 y el año 2000, Justo publicó una trilogía sobre la historia de las ideas políticas en Argentina, desde Mariano Moreno hasta el momento, que tituló *Subamérica* y que concluye con su utopía andina de integración continental, bautizada *Andesia*. También, consagró una serie de obras monográficas a los procesos revolucionarios que tuvieron lugar en Bolivia, Brasil, Chile y Perú en el siglo XX. Una de ellas -*Así se murió en Chile*, concluido en julio de 1975- es la que el lector tiene en sus manos, rescatado hoy por estas dos editoriales que lo presentan.

Liborio Justo murió en Buenos Aires a los 101 años en 2003. Un poco antes, el 6 de febrero de 2002, este rebelde de edad centenaria hacía pública una “Declaración al

cumplir cien años de vida” en la que reafirmaba su fe socialista y pronosticaba el fin próximo del imperialismo simbolizado en el reciente ataque a las torres gemelas de Nueva York. Era un modo de reafirmar que aquel grito juvenil -“¡Abajo el imperialismo!”- todavía permanecía vigente.

Horacio Tarcus

Prólogo

Marisa Gallego

Este libro inédito de Liborio Justo propone una apasionante lectura de la historia de Chile y de sus luchas sociales hasta la década del 70.

Si bien son conocidos los sucesos del 11 de septiembre de 1973 con el golpe militar contra el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende, Liborio presenta un análisis pormenorizado de la trama política que lo antecedió, el contexto regional hostil para un presidente socialista (con dictaduras en Argentina, Paraguay, Brasil y Bolivia), y el fuerte intervencionismo del gobierno de Richard Nixon, con el lobby de las empresas norteamericanas radicadas en Chile en la gran minería del cobre y la telefonía (ITT). Estas, junto a la embajada y la CIA, habían intentado frustrar la llegada de Allende a la presidencia, y luego promovieron el caos económico y el bloqueo financiero.

Escrito a la luz de los trágicos acontecimientos, este ágil y ameno relato¹ ofrece una periodización del proceso político chileno hasta la caída de Allende. Su enfoque marxista y sus claves interpretativas recuerdan otro texto fundamental y polémico de Liborio Justo: *Bolivia, la revolución derrotada*,² sobre la revolución boliviana de 1952, escrito una década antes de los acontecimientos de Chile. Ambas obras representan una valiosa contribución a la historia revolucionaria de América Latina.

Como demuestra el autor, la historia económica de Chile desde el siglo XIX es la historia del latifundio, de las salitreras y del cobre, que propició la subordinación de la economía a Gran Bretaña. Este sometimiento se agudizó a partir de la Guerra del Pacífico (1879), momento en el que

las inversiones del imperialismo inglés cambiaron la rentabilidad relativa de cada región, y valorizaron la explotación del guano y del salitre en el desierto de Atacama. El autor enfatiza las radicaciones extranjeras y su imposición de una “factoría” británica en la región de los yacimientos salitreros, con el control de puertos y del ferrocarril (fue el primero de Sudamérica) que se prolonga hasta la Primera Guerra, y que tiene su correlato político en la llamada República oligárquica y conservadora.

La década del 20 acentúa la penetración de los capitales estadounidenses mediante amplias concesiones en la minería del cobre, su principal industria extractiva, además de su presencia en empresas eléctricas, compañía de teléfonos (ITT) y una posición estratégica en la manufactura chilena. De este modo, Chile pasa a tener, después de Cuba, las mayores inversiones norteamericanas del continente, convirtiéndose en “factoría” de Estados Unidos.

Como la explotación del estaño en Bolivia, la historia del cobre es la de las poderosas empresas mineras, verdaderos feudos que funcionan con sus propias leyes, con restricciones a la sindicalización, control del precio y prohibición de exportaciones a los mercados socialistas. Desde 1908, Estados Unidos explota el cobre chileno de “El Teniente”, bajo control de la Braden Copper Co., y también la Andes Copper Mining (en Antofagasta), luego concentrados en Kenecott Copper Corporation y Anaconda Company, que serán nacionalizadas en el gobierno de Salvador Allende.

Así, la plena incorporación de Chile y de toda América Latina al sistema capitalista mundial tiene lugar en el siglo XIX cuando este alcanza su estadio imperialista.

Para la economía chilena, significó la mayor concentración

obrera en la región del Norte Grande, con un proletariado minero que organiza sindicatos y propicia las primeras huelgas en el puerto de Iquique. También, derivan en la constitución de los partidos obreros, el Partido Socialista y el Partido Comunista, y en la formación de las primeras coaliciones electorales de estas fuerzas con los partidos burgueses: el Frente Popular. Salvador Allende fue su ministro de salud en 1938, candidato a la presidencia por el Frente del Pueblo en 1958 (Allende perdió por 30.000 votos), y nuevamente candidato a la presidencia por el FRAP en 1964.

El gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende (1970-1973) fue presentado como “modelo de transición al socialismo” (la “vía chilena”), ya que se emprendía por medios legales, por la vía parlamentaria y pacífica.

Liborio Justo propone una posición crítica muy bien documentada para analizar las debilidades y limitaciones del gobierno de Salvador Allende, de carácter reformista al pretender avanzar manteniendo la legalidad y la Constitución vigente.

El autor presenta un fructífero análisis de los lineamientos de clase y de las relaciones de fuerzas políticas que se enfrentan, incluye las divergencias dentro de la propia izquierda (sectores del Partido Socialista contra el Partido Comunista) y con la nueva izquierda chilena, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Así, el Partido Comunista chileno (el tercer PC en importancia en el mundo después de los PC francés e italiano) fue la columna vertebral de la Unidad Popular, aunque Allende pertenecía al Partido Socialista y no representaba al ala izquierdista de su propio partido. Más bien, en el contexto ideológico de los 70, se lo vinculaba a los “vicios del parlamentarismo” y la socialdemocracia (Allende había sido diputado y

senador). Liborio Justo destaca la polémica y el contrapunto de posiciones que enfrentaron al PC y al MIR, liderado por Miguel Enríquez, egresado de la Escuela de Medicina en la Universidad de Concepción.

El MIR, fuerza de origen estudiantil y de posiciones guevaristas, apelaba a la movilización de las masas, propiciaba la ocupación de tierras en el sur mapuche y de terrenos para las poblaciones de los suburbios de Santiago. El MIR, que no integró la coalición oficial allendista, alentó la ocupación de fábricas y la formación de los Cordones Industriales, y propició que los estudiantes miristas vivieran en poblados y con los mapuches. Los miristas salieron de la cárcel y de la clandestinidad gracias a la amnistía a los presos políticos concedida por Salvador Allende y brindaron su apoyo crítico al presidente, incluso integrando el GAP (Grupo de Apoyo Personal) y su custodia. Uno de los miembros del MIR, Andrés Allende, era el sobrino del presidente y fue candidato a rector de la Universidad.

Allende -como manifestó durante su gobierno- estaba comprometido en mantener el pluralismo político, ya que su fuerza reposaba en la legalidad constitucional y en conciliar con la oposición, fundamentalmente con la Democracia Cristiana, liderada en el Congreso por el senador y ex presidente Eduardo Frei. También, buscó el apoyo de las Fuerzas Armadas, confiando en su lealtad y en su posición "constitucionalista", a la que respondía el general Carlos Prats, comandante en jefe del Ejército: "Las Fuerzas Armadas de Chile son el pueblo con uniforme".

Así, el presidente socialista procuró mantener un delicado equilibrio de fuerzas desde el inicio de su mandato. La Unidad Popular solo controlaba el Poder Ejecutivo y tuvo que enfrentar una mayoría opositora en el Parlamento;

también el Poder Judicial y la Suprema Corte le eran adversos, con dictámenes hostiles que bloquearon proyectos y restringieron la gestión de Allende.

Liborio Justo relata cómo se fueron desarrollando las luchas políticas y sociales al borde de la “guerra civil” que el presidente Allende pretendió evitar, pero que comenzó solapadamente y se fue intensificando. Los intentos de invertir esta relación de fuerzas, ya bastante precaria, comenzaron antes de su asunción, cuando los Estados Unidos propiciaron un gobierno de las Fuerzas Armadas, con el apoyo de sus corporaciones radicadas en Chile y *El Mercurio*, vocero de la alta burguesía chilena. Así, las actividades y atentados de grupos derechistas fueron alentados por el Partido Nacional y la organización Patria y Libertad (financiada por la CIA); el despliegue de la violencia y el sabotaje a la economía se fue intensificando por la acción de estos sectores golpistas.

Liborio Justo denomina este proceso como “golpe gradual”: constituye la última etapa del gobierno de la Unidad Popular, en la que se suceden la escalada y la ofensiva opositora para provocar la intervención inminente de las Fuerzas Armadas chilenas.

En esta periodización política, Liborio destaca “la batalla de octubre de 1972”, que comienza con un prolongado paro de transportistas; los propietarios de flotas de camiones paralizan la economía provocando el desabastecimiento de combustible y alimentos en las ciudades. El conflicto (*lockout* patronal/empresarial) se extiende por 27 días, al que se suman comerciantes minoristas y profesionales.

A esta situación se suma la campaña de embargos de la minera Kennecott en Europa, que consiguió embargar el envío de cobre chileno a Francia.

En esta ocasión, la intervención activa de los obreros junto

con la movilización más grande de las fuerzas populares de todo el proceso de la Unidad Popular, impulsaron la formación de los Comandos Comunales y de los Cordones Industriales, organizaciones zonales que coordinaron la resistencia obrera.³ Los obreros ocuparon las fábricas, mientras que los estudiantes y otros jóvenes condujeron la flota de camiones del Estado, y permitieron quebrar el boicot del sector patronal.

Esta constituyó la “verdadera revolución chilena”, afirma el autor. El Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU) exigió la ruptura de relaciones con Estados Unidos, y el MIR reclamó la expropiación sin indemnización de las empresas norteamericanas. Estas estaban en conflicto con la denominada “Doctrina Allende”, que proponía deducir del monto de las indemnizaciones que se debía pagar a las propietarias mineras nacionalizadas (Kenecott Copper y Anaconda Company), las ganancias excesivas superiores al 12 por ciento anual (la alta rentabilidad de las mismas alcanzaba el 21%).

Como señala el autor, la agudización de la lucha de clases concluyó en la determinación del presidente Allende de dar concesiones, y negociar con los sectores que exigían una rectificación de su Programa. Así, optó por conciliar con la oposición y por incorporar las Fuerzas Armadas al gobierno. Todas las fuerzas políticas de la Unidad Popular rodearon al presidente y justificaron la formación de un gabinete cívico-militar para solucionar el paro de camioneros de octubre de 1972, aunque esta solución se presentaba como transitoria hasta las elecciones parlamentarias que debían realizarse en marzo de 1973.

De este modo, sostiene el autor, el combate político pasaba del “terreno insurreccional” a librarse en el terreno institucional y electoral. Así, el general Carlos Prats se

incorpora como Ministro del Interior, el contralmirante Ismael Huerta como Ministro de Obras Públicas y Transportes, y el general de Brigada Claudio Sepúlveda (Aviación) como Ministro de Minería.

Por otro lado, el gabinete con militares despertó críticas fundadas de diversos sectores como por ejemplo del MIR. Los militares actuaban como garantía para las patronales de las industrias ocupadas durante el *lockout*, intervenidas por el Estado para exigir su devolución.

En consecuencia, como demuestra Liborio Justo, el poder obrero entra en conflicto abierto con el gabinete cívico-militar del presidente Allende, ya que los obreros solicitaban la incorporación de las empresas ocupadas en todos los Cordones Industriales, al Área Social de la economía.⁴

En las elecciones de marzo de 1973, donde se renovaba la Cámara de Diputados y la mitad del Senado, la oposición contaba con “derrotar” a Allende y no “derrocarlo”. Pero el resultado fue relativamente favorable a la coalición oficial de la UP que sorprendió obteniendo el 43,9%, un porcentaje superior al de 1970. Sin embargo, la Democracia Cristiana con un 29% de los votos se convirtió en el partido opositor más importante en el Parlamento y se negó sistemáticamente a integrar el gabinete de Allende.

Los militares dejaron sus cargos ministeriales y se elevó la lucha ideológica, el nuevo Parlamento aprobó la Ley de Control de Armas (proyecto de la Democracia Cristiana) dirigida a desarmar a grupos civiles pero que apuntó fundamentalmente a debilitar y disminuir el Área de Propiedad Social de la economía. Así, la Ley instrumentó requisas violentas en los Cordones Industriales, poblados y locales de izquierda. El control de armas habilitó los allanamientos de fábricas y la represión a los que

realizaran tomas, también de locales, calles o tierras.

El 29 de junio de 1973 las Fuerzas Armadas, dispuestas a derrocar al “gobierno marxista de Chile”, desencadenaron el Tancazo, un intento fallido de golpe militar: movilizaron los tanques del Regimiento blindado N° 2 y avanzaron por las calles de Santiago hacia el Palacio de la Moneda. Sin embargo, la respuesta popular fue contundente: la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) llama a ocupar todos los lugares de trabajo, más de 500 fábricas. El general Prats dirigió la represión al Tancazo, logró desarmar a los sediciosos y detuvo al jefe del levantamiento.

Pero los acontecimientos de junio, sostiene el autor, desencadenaron “la guerra civil” abierta, el enfrentamiento y lucha armada de una clase contra otra. Los Cordones Industriales organizaron brigadas, prepararon explosivos, hubo grandes movilizaciones populares, se confiscaron radios y otros medios. El movimiento estudiantil organizado en escuadras, decidió abandonar las facultades y colegios situados en la ciudad y dirigirse todos juntos (secundarios, universitarios y profesores) hacia los Cordones Industriales y poblaciones populares de los cerros.

Liborio Justo documenta extraordinariamente los últimos meses de Allende hasta el golpe militar de septiembre de 1973 y postula la hipótesis de la “guerra civil” que cierra el libro. En este período, los propietarios de camiones volvieron a declarar la huelga general. Las Fuerzas Armadas, en abierta beligerancia, realizaron la requisita de armas y brutales allanamientos, como el de carabineros en la TV de la Universidad de Chile, en el local de la CUT, fábricas estatizadas, operaciones contra los Cordones Industriales, todos operativos castrenses que se realizaban bajo la aparente legalidad de la Ley de Control de Armas. Eduardo Frei denunció en el Senado que los Cordones “se

estaban armando” y el diario *El Mercurio* afirmó: “cuentan con arsenales”. Mientras el presidente Allende se pronunciaba contra “la guerra civil” y volvía a incorporar militares a su gabinete.

En su crónica de los hechos, Liborio Justo fue incorporando distintas voces, declaraciones de las fuerzas políticas y partidarias, publicaciones de izquierda,⁵ los testimonios de obreros partícipes de los Cordones Industriales,⁶ periódicos y corresponsales extranjeros para dar cuenta de la agonía de “la vía socialista” y del gobierno popular de Salvador Allende.

Es importante destacar que en el momento de esta interpretación de los acontecimientos (redactados en 1975) aún no se conocían el Plan Cóndor, ni la metodología represiva que fue antesala de las dictaduras del cono sur, con sus técnicas de la “guerra sucia”, el papel de la CIA y de la DINA, los métodos de la lucha antisubversiva y de “acción psicológica”⁷ contra una población desarmada, que por lo tanto no podía asumir el nivel de enfrentamiento que el autor postula como “guerra civil”.

Como intento de explicación y, tal vez subestimando la relación de fuerzas, Liborio Justo postula a los Cordones Industriales como verdaderos órganos de “poder obrero”, de ahí sus conclusiones para entender la tragedia chilena. El gobierno de la Unidad Popular desarmó a los Cordones y propició la devolución de las industrias ocupadas durante el “Tancazo”.⁸ Así su lectura crítica es coherente: apunta a las propias contradicciones de la coalición oficial que en su póstumo intento de construir “poder popular” ya había socavado la única posibilidad de sostener al gobierno de Salvador Allende, que “pagaría con su vida la lealtad del pueblo”.⁹

¹ Escrito en 1975 a raíz de una carta que recibió de un profesor de la Universidad de Chile pocos días después del golpe militar.

- ² Justo, L. *Bolivia, la revolución derrotada*, Buenos Aires: Razón y Revolución, 2007. (La primera edición es de 1967).
- ³ Liborio Justo analiza estos Cordones Industriales en el capítulo 5, como órganos nuevos de poder obrero, resultado de la ocupación de fábricas. Reunían representantes gremiales de un mismo sector geográfico y funcionaron al margen de la organización sindical, aunque ésta aspiraba a convertirlos en organismos de base de la CUT, para la defensa colectiva de empresas y de sus territorios. El primer Cordón fue el de Cerrillos, que coordinaba las luchas de todas las fábricas incautadas o intervenidas por el Gobierno.
- ⁴ El programa de la UP anunciaba que 245 era el número de empresas que debían expropiarse para constituir el área social, que ahora sería reducida a 49. Esto representaba una concesión a la gran burguesía industrial chilena.
- ⁵ Por ejemplo, citas de reportajes y notas de “Chile hoy”, cuyo Comité editor integraban Marta Harnecker, junto a Theotonio dos Santos, Pío García, Ruy Mauro Marini, y del periódico Marcha de Montevideo.
- ⁶ Liborio Justo destaca el papel que hubieran podido jugar los Cordones Industriales al final, en el capítulo 7, en la antesala del golpe, sino hubieran sido subordinados a la política allendista de devolución de fábricas.
- ⁷ Es decir, la llamada “Doctrina francesa” y la doctrina de Seguridad Nacional, los archivos hallados en 1992 Paraguay de la Operación Cóndor. Ver: Robin, M. *Escuadrones de la muerte. La escuela francesa*, Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- ⁸ En el capítulo 7, narra la caída de Allende y el autor reproduce el relato vivido desde una fábrica ocupada (Sumar Nylon) e intervenida, como se vivió el 11 de septiembre de 1973.
- ⁹ Palabras del presidente Allende en su última alocución por radio el 11 de septiembre de 1973.

¡Los trabajadores en Chile estamos en estos momentos revolucionados! Tenemos cientos de empresas en poder de nosotros, administradas por los trabajadores, dirigidas por nosotros, con participación. Creemos que en 150 años de la Independencia de Chile, nunca se había visto esto.

Declaraciones del obrero metalúrgico Armando Cruces, presidente del Cordón Industrial Vicuña Mackenna, Santiago, agosto de 1973.

La gesta del 11 de septiembre incorporó a Chile en la heroica lucha contra la dictadura marxista de los pueblos amantes de la libertad (...) las Fuerzas Armadas y Carabineros asumieron el gobierno inspiradas en la noble misión que, como hombres de armas, les dispone la ley, la que no solo es preservar fundamentalmente la soberanía de la nación cuando esta se ve amenazada interna o externamente, sino velar por mantener el orden interno y la seguridad, física y moral de todos los conciudadanos (...) Pedimos a Dios su ayuda y a nuestro pueblo

su abnegación y patriotismo.

Mensaje del general Augusto Pinochet, jefe de la Junta Militar que derrocó al gobierno constitucional de Salvador Allende por medio del más sangriento golpe de Estado latinoamericano y uno de los mayores en lo que va del siglo, Santiago, septiembre de 1973.

Sobre los acontecimientos históricos no se hacen lamentaciones; debe buscarse, en cambio, comprender sus causas.

Friedrich Engels

Dos palabras

Extendido en un extremo del continente a lo largo de una estrecha franja entre el mar y la montaña, es decir, entre albatros y cóndores, Chile desarrolló toda su vida encerrado en sí mismo, como en una isla. Para quienes lo conocemos desde Arica al Cabo de Hornos, en años de convivir y llevar en lo hondo de nuestro afecto este ámbito de la gran patria sudamericana, Chile siempre nos atrajo con la fuerza que emana de su paisaje escueto y áspero, así como de la virilidad de su pueblo, en buena parte del cual se refleja la dura lucha por una existencia que no conoce treguas ni blanduras, bajo una existencia inmisericorde, dando a su problema social una violencia dramática que nunca deja de golpear a quien la contempla, aunque la haya visto muchas veces. Y esa impresión perdura hasta cuando se la lleva en el recuerdo.

Es por eso que los sucesos de septiembre de 1973 nos hirieron tan profundamente, y aún nos parecieron increíbles en su bestialidad y degradación, para quienes nos habíamos acostumbrado a ver en Chile una nación con la cual no solo nos sentíamos estrechamente vinculados, sino que, en algunos aspectos, nos honraba como latinoamericanos. Y, para profundizar esa herida, vino a agregarse la carta que recibimos en los mismos días de aquellos acontecimientos (y que publicamos), transmitiendo una angustia que es la que debe haber sentido todo el pueblo chileno, carta desgarradora en la que el “¡ayúdennos!” allí escrito, parecía provenir de quien ya estaba oyendo el sonido de los disparos que habían de empezar a escucharse veinte días más tarde, abatiendo tantas vidas de luchadores -entre ellos argentinos- y cuyo eco siniestro ha continuado resonando en la sana